

El Carnaval de Centenera

Por José Luis GONZALEZ ARPIDE
y Pablo GONZALEZ-POLA DE LA GRANJA



ATENDIENDO al esquema propuesto por el señor Caro Baroja sobre trabajos de investigación, acerca del carnaval, hemos considerado oportuno seguirlo para que de esta forma otros investigadores al consultar estos trabajos encuentren una misma metodología.

Queremos hacer notar que vamos a aplicar el modelo del señor Caro Baroja a un estudio monográfico a nivel local, de carácter totalmente inédito, si bien lo compararemos con otros semejantes en otras poblaciones españolas.

El esquema es el siguiente:

I. «Describir varios tipos de ritos y festividades que tienen a lo largo del año, con arreglo a moldes establecidos por una tradición remota y de considerable expansión geográfica, que han sido objeto de teorías especiales basadas en datos no españoles.

II. Indicar las variaciones que parecen haber tenido tales rituales con arreglo a diversos intereses en áreas concretas y sobre todo en España.

III. Discutir algunas hipótesis vulgarizadas, tocantes a su significado, a la luz de los criterios que se han citado más arriba.

IV. Proponer otras nuevas.»

CENTENERA es hoy en día un pequeño pueblo distante 11 kilómetros de Guadalajara, que apenas cuenta con 400 habitantes y se encuentra situado en el declive de un cerro, en la margen derecha del río Ungría. En la vega del citado río se cultivan hortalizas y cereales, estando la propiedad agrícola muy repartida. Entre los edificios notables destaca la Iglesia de la Asunción, que data del siglo XVI.

Es interesante destacar que pese a la proximidad de otros pueblos como Iriepal (a ocho kilómetros), Atanzón (a cuatro kilómetros) y Taracena (a nueve kilómetros), únicamente se celebra esta fiesta en Centenera y por sus peculiares características pasamos a estudiarla:

I. Puesto que la celebración de esta fiesta se conserva hasta nuestros días, vamos a describirla tal como se practicaba en su época de máximo esplendor.

Comienza la fiesta el domingo de Carnaval; las mozas, principalmente de catorce a veinticuatro años, vestidas de máscaras, con trajes hechos a base de colchas, enaguas, miriñaques y con trajes también propiamente masculinos como el de soldado, se dedican a «correr las máscaras» y con esta guisa andan por todas las calles del pueblo, penetrando alegremente en las casas «para ver si ha puesto huevos la gallina» y con esta excusa llevarse dulces, confituras o rosquillas que encuentren a su paso. Al atardecer compran un gallo a una vecina, al que correrán por el pueblo con gran algarabía, si alguna logra atraparlo, lo dejará libre nuevamente, comenzando de nuevo su persecución.

El lunes de Carnaval por la mañana se vuelve a correr el gallo; por la tarde se reúnen en la plaza, donde excavarán un hoyo para enterrar al animal, dejándole la cabeza fuera. Las mozas forman un corro alrededor y una de ellas, con los ojos vendados, como en «la gallina ciega» y provista de un palo, trata de golpear al gallo hasta matarlo, entre las risas y gritos de sus amigas.

En la mañana del martes de Carnaval se prepara el gallo, para ello cada moza aportará de su despensa condimentos tales como aceite, cebolla, arroz, sal, etcétera, con los que se elaborará una especie de paella. Por la tarde se organiza la merienda con la paella y unas tortillas que son también obligadas. Es costumbre celebrarla en una era y en caso de mal tiempo, en casa de alguna moza, pero siempre con gran entusiasmo y animación.

El miércoles de Carnaval, último día de la fiesta, se caracteriza por la celebración del «entierro de la sardina».

A tal efecto, se forma una comitiva compuesta por una moza vestida de cura, dos de monaguillo y las demás ataviadas con mantones y otros atuendos. Anteriormente se ha preparado el ataúd, con una caja de zapatos forrada con tela de color oscuro y provista de unas asas. En este improvisado ataúd va una sardina arenque, dejando al descubierto únicamente la cabeza, que en ocasiones lleva una ramita atreznada a modo de corona. Esta comitiva se dirige hacia las afueras del pueblo, entonando cancioncillas como:

*Ya se ha muerto la sardina,
ya la llevan a enterrar,
entre cuatro monaguillos,
y el cura y el sacristán.*

Al llegar a un sitio propicio, el falso cura improvisará un responso que provocará la hilaridad general mientras se cava la fosa y se entierra al ataúd. De vuelta al pueblo, se da por terminado el Carnaval con el comienzo de la Cuaresma.

Otra fiesta del pueblo, que como veremos está ligada con la del Carnaval, es la que se celebrará el 1 de mayo; en la plaza se planta un tronco de cuyo extremo cuelgan longanizas, salchichones, etcétera, para que los mozos suban a cogerlos. También el día 3 de mayo se celebra la fiesta de la Cruz de Mayo, de índole religiosa. En este día se saca en procesión una cruz recubierta de estampas, que va recorriendo el pueblo, recogiendo limosnas.

El día 5 de febrero se celebrará la festividad de Santa Agueda. Tanto el rito carnavalesco como el ciclo de mayo son dos grandes manifestaciones de carácter popular, extendidas prácticamente por todo el mundo, que han sido objeto de teorías, de las cuales hablaremos en el siguiente capítulo.

II. La variación más importante que ha sufrido esta fiesta es la paulatina participación de los mozos, que si

en un principio trataban de robar el gallo, ya moderadamente intervienen, pero siempre en un segundo plano. Al ser invitados exclusivamente los quintos de ese año a la merienda del martes, se da lugar una interesante variante que tendremos ocasión de comentar más adelante; éstos participarían después en un baile organizado tras la merienda, acompañados por la guitarra y el acordeón, incluyéndose muy modernamente el uso del pianillo (organillo).

Por ser una celebración pagana, tropezó desde el primer momento con una oposición por parte del Clero, a causa del gran parecido entre los responsos del entierro de la sardina y los reales. En cierta ocasión, se utilizó un bozal de una mula, a modo de incensario, lo que provocó la indignación del cura párroco.

Como en muchas costumbres tradicionales, la guerra supuso un escalón, en algunos casos insalvable; en Centenera el Carnaval ha sufrido variaciones, como, por ejemplo, que las máscaras van con la cara descubierta. Fundamentalmente la emigración de año en año va reduciendo el número de participantes.

El Carnaval es una fiesta muy extendida en toda España, con un fondo ritual muy semejante; así, por ejemplo, las corridas de gallos son tradicionales en Guadilla de Villamar (Burgos); en esta localidad (1) todos los mozos se vendan los ojos, y, provistos de palos, tratan de acertar al gallo, y aquel que lo consiga, será el nuevo dueño.

En Valdivielso son las mozas quienes matan al gallo, para ello todas le tocan suavemente en el cuello, menos la última que le da el golpe definitivo (2).

También en Guadalajara encontramos muestras interesantes; así, en Alhóndiga, la fiesta de «La corrida del Gallo», se celebra desde tiempo inmemorial. En ella los mozos montados sobre caballerías pasan bajo un gallo suspendido de una cuerda; aquel que lo atrape, se llevará la cabeza en señal de triunfo, arrojándola, muchas veces a los pies de su moza (3).

En Espinosa de Henares, el martes de Carnaval cada pandilla de mozas compra un gallo, recorriendo el pueblo cantando y alborotando; los mozos, por su parte, tratarán de robárselo. A la caída de la tarde cada grupo de mozas mata a su gallo, comiéndolo a continuación (4).

En cuanto al entierro de la sardina, Madrid ha sido uno de los lugares con más tradición, teniendo en común con el de Centenera el que aún se sigue celebrando en nuestros días (5).

También en Asturias y sobre todo en el concejo de Allando se celebra, con la particularidad de la lectura del testamento de la sardina, donde se cita a vecinos del pueblo (6).

III. Exposición: Frazer explica que la muerte del gallo se hace con el fin de ver morir el invierno y el comienzo de la fertilidad de los campos; el momento de máximo esplendor coincide con la celebración de mayo (7).

Anteriormente Tylor, en 1866, propugnó su teoría «entre las causas que transforman en mitos los hechos de la vida diaria; está, en primer lugar, la creencia en la animación de la naturaleza, llegando a la personificación de los fenómenos naturales» (8).

En el diccionario de Covarrubias se recogen las siguientes hipótesis: «La razón porque se ha introducido el correr los gallos por Carnestolendas, según algunos, es porque se han comido aquellas fiestas las gallinas y porque no quede solo y viudo.» No deja de ser menos curiosa la siguiente: «Otros dicen significar en esto la mortificación del apetito carnal, por cuanto esta ave es luxuriosa y con tanta furia que el hijo mata al padre sobre cuál de los dos subirá a la gallina» (9).

Sobre el entierro de la sardina existe una hipótesis vulgarizada, en ella se dice que en la época de Carlos III llegó a Madrid un cargamento de sardinas en mal estado; el monarca ordenó que fuesen enterradas en la Casa de Campo. El pueblo continuó, tradicionalmente, parodiando aquel suceso (10).

También Madoz nos refiere: «Algunos creen que el

entierro de la sardina se simboliza el del carnaval para entrar en el tiempo santo; pero en este caso debían enterrar la carne y no el pescado, precisamente al empezarse la época de su uso por precepto cristiano. Sin embargo, lo que parece positivo es que en la antigüedad, cuando se comía de vigilia toda la Cuaresma, se acostumbraba a enterrar una canal de puerco, al que se daba el nombre de sardina, cuyo uso se ha corrompido con el significado que hoy se da a este pescado.»

Discusión: En cuanto a las teorías antropológicas de Frazer y Tylor, es posible que en un principio muy remoto tuviesen validez en el caso que tratamos, pero quizá con el transcurso del tiempo cambiase la motivación, pasando a ser un rito de carácter propiciatorio a la Cuaresma, a caso por influencias eclesiásticas; pues debemos tener en cuenta que la Iglesia ha jugado un papel decisivo en la evolución de muchas fiestas y tradiciones españolas.

Las teorías recogidas por Covarrubias no dejan de ser originales, pero no poseen ningún rigor científico, meramente son ilustrativas.

En lo que se refiere a la teoría sobre el origen histórico del entierro de la sardina, podrían aceptarse si sólo fuese en Madrid donde se celebra la fiesta, pero por estar localizada en distintos puntos de nuestra geografía, no la creemos precedente.

Acerca de la última teoría, podría pensarse que el entierro de un animal significase el fin del invierno, coincidiendo entonces con Frazer y Tylor, pero entendemos que el hecho de que la «sardina» fuese una canal de un cerdo, nos hace suponer que esta carne iba destinada al consumo y, por tanto, el simbolismo que encierra es de preparación a la vigilia.

IV. Lo que nos animó a realizar este estudio fue el hecho de encontrar juntas en el mismo ciclo dos fiestas que aparentemente tienen el mismo simbolismo y que una excluye a la otra, a juzgar por los ejemplos que hemos visto. Así en pueblos donde se celebra la corrida de gallos no se celebra el entierro de la sardina y viceversa.

Pero el hecho de que el Carnaval de Centenera, en principio, fuera una fiesta eminentemente femenina, nos hace pensar en una reminiscencia de carácter ginecocrático. Es cierto que en otros lugares participan ambos sexos, pero debemos tener en cuenta que algunas poblaciones de Segovia (12), en el día de Santa Agueda, también se corren gallos. Y lo que es más interesante, en Frandes (Salamanca) invitan a la fiesta de Santa Agueda a dos mozos llamados zanganos, jóvenes solteros que participan en el banquete, cuya finalidad parece entroncar con ritos de fertilidad y fecundidad (13).

¿Acaso la invitación a los quintos en la merienda del gallo tuviese alguna motivación similar? También es de hacer notar que un diccionario geográfico (14) en un corto comentario a la fiesta alude a una capitana, que será aquella que logre atrapar el gallo, aunque no hemos obtenido confirmación por parte de los habitantes del pueblo, la aceptación de este hecho supondría un acercamiento a la teoría ginecocrática.

En conclusión, que creemos que el Carnaval de Centenera, aporta datos nuevos para el estudio del ciclo carnavalesco en España.

- (1) José de la Fuente: «RDTP». Tomo I, 1945.
- (2) Domingo Hergueta: «Folklore Buralés». Rev. Cast. 1919.
- (3) Antonio Aragonés: «Danzas, rondas y música popular de Guadalajara». Pág. 107 y sigs. Guadalajara, 1973.
- (4) Ob. cit. pág. 111.
- (5) Gracias al entusiasmo de Fermín y Mariano Villén, que lo mantienen.
- (6) C. Cabal: «El Individuo». Oviedo, 1925.
- (7) G. Frazer: «La rama dorada». FCE. Méjico, 1944.
- (8) E. Tylor: «Antropología». Ed. Ayuso. Madrid, 1973.
- (9) Covarrubias: «Tesoro de la lengua castellana». Folio 425 v. 1611.
- (10) Art. de Pérez Ferrero: «El Heraldo de Aragón», 26 de febrero de 1974.
- (11) Madoz: «Diccionario Geográfico». Tomo X. Madrid, 1847.
- (12-13) Ejemplos citados por don Julio Caro Baroja en su obra «El Carnaval». Edit. Taurus. Madrid, 1965.
- (14) «Diccionario Geográfico de España». Tomo 8. Págs. 140-141. Madrid, 1958.